



**ONP**  
Oficina de  
Normalización  
Previsional

# Historias de un largo caminar



**ASEDH**

Asociación Educativa para el Desarrollo Humano



**Siempre  
con el pueblo**

# Historia del viaje

Yolanda Rodríguez

**E**ra marzo del año 2017, y en unos días más el tío Samuel cumplía 105 años. Los hijos, sobrinos y demás familiares nos alistamos esperando el ansiado día para viajar a Pacasmayo, ciudad a doce horas de Lima por vía terrestre y en la cual el tío Samuel era muy querido por todos sus pobladores. Por ello, la familia, a pesar de estar dispersa, se reuniría por tan importante celebración. Pero a veces, el destino y la naturaleza no quieren estar ausentes de los grandes acontecimientos... Y así, justo dos días antes de la esperada celebración, una penosa noticia tomó por sorpresa a toda la familia: el tío Samuel falleció. Y con toda la congoja encima, había que viajar más que nunca, pero ciertamente ahora para una celebración distinta.

Yo no podía dejar de viajar. Y entonces les comuniqué a mis hijos que me iría en un par de horas. Eran las 4 de la tarde, es decir, sabía que podía llegar a tiempo para despedir al tío Samuel, ya que el sepelio se realizaría al día siguiente a las 10 de la mañana y el viaje duraba 10 horas. O sea, partiendo a las 7 de la noche llegaría a más o menos 5 o 6 de la mañana a Pacasmayo. Al enterarse mi hijo Arnaldo que me iría por vía terrestre, me llama y dice que son muchas horas de viaje y que mejor me compraría un pasaje en avión para que recién salga mañana temprano a las seis de la mañana y que en apenas 1 hora y 15 minutos ya estaría en mi destino. Pero el avión sólo llegaba hasta Trujillo y luego había que tomar taxi hasta el terminal de buses y conseguir cupo para nuevamente pasar dos horas de viaje por tierra. Para mí era imposible, yo me negaba porque calculaba que no llegaría a tiempo, así que tomé lo indispensable y salí sola hacia el terminal de buses que me llevaría a Pacasmayo lo más pronto posible. Pero para mi sorpresa, en el terminal ya estaba mi hijo Arnaldo esperándome con dos boletos terrestres porque no quería que viajara sola y él había logrado que en su trabajo le dieran permiso, pues las noticias comunicaban que en el norte del país era posible la presencia de lluvias y huacos.

Así llegó la hora de partir en bus, ya la noche caía y el viaje empezó con todavía algunos reclamos de Arnaldo por mi insistencia de viajar por tierra. Avanzábamos confiados en que sobrados de tiempo llegaríamos para despedir al querido tío. Pero nadie cuenta que pueda haber sorpresas. Y ellas se presentaron ese marzo del

2017. Ya llevábamos cinco horas de camino, el bus rodaba lento, pero seguro, pensaba yo. De repente, el bus frenó bruscamente y todos miramos por las ventanas tratando de averiguar qué pasaba y dónde estábamos. Algunos pensamos que quizás la parada se debía a que los choferes necesitaban con urgencia un café, o tal vez buscaban servicios para todos. Afuera la oscuridad era total. “¡Qué pasa! ¡Qué pasa!”, se oía a algunos preguntar. “Creo que llueve mucho”, respondían algunos. Hasta que alguien se acercó más a la puerta y escuchó decir que todo se debía al huaico, el río Culebras se había desbordado. “¡Oh, mi Dios!”, exclamé yo, los estragos de la naturaleza empezaron. Otros pasajeros escuchaban noticias, las cuales decían que las lluvias y los huaicos empezaban a ocasionar el desborde de los ríos. No podíamos bajar del bus porque no veíamos donde pisábamos, solo escuchábamos el ruido del agua pasar con fuerza por la Panamericana. Pronto empezaron también los relámpagos y los truenos. Y más lluvia. Yo conocía los tramos recorridos y para mí misma me decía que habíamos avanzado poco, llevábamos solo cinco horas de camino y eso significaba estar muy lejos aún.

Empezaban a llegar más buses y decían que no podemos avanzar ni retroceder porque recién pasábamos Huarmey y la avalancha de agua ya entraba a la ciudad. Yo pensaba que apenas hacía treinta minutos que pasamos por allí y la ciudad dormía tranquila, “pobre gente”, dije yo. Y Arnaldo no paraba de repetir “¿cómo hubieramos estado nosotros, tus hijos, al escuchar estas noticias y sabiendo que estabas viajando sola? Oh, madre que terca eres, pero ya tranquilicé a mis hermanas”, terminó de

decir él. Y mientras lo oía, yo pensaba: “Oh, Dios, te doy las gracias por encontrarme en medio de esta oscuridad acompañada de mi hijo”. Nada más nos quedaba seguir en el bus, y según las indicaciones del conductor debíamos esperar a que amaneciera y ya con la luz del día ver si el agua bajaba su caudal. Mientras tanto las noticias no dejaban de ser desalentadoras: ya la crecida de los ríos era más al norte; Piura, Chiclayo y Trujillo también sufrían los estragos de la naturaleza, así que ni por vía aérea yo iba a llegar a la despedida del tío Samuel.

Conforme clareaba el día, el bus nuevamente empezó a rodar lento porque la visibilidad no era total. Poco a poco y con la pericia del conductor se avanzaba, pero todos los pasajeros íbamos asustados, porque cuanto mientras más avanzábamos, solo veíamos agua, barro y palos. Es decir, estábamos rodeados por los huaicos. De repente, se oyó por la pequeña radio que un pasajero llevaba: “el puente del río Santa en peligro”, ahí yo exclamé: “Dios, para llegar al Santa nos faltan dos horas”. Yo rogaba que sigamos avanzando para poder pasar por el puente y llegar a Trujillo, por lo menos para ponernos a salvo, porque ya al tío Samuel no lo veríamos ni para despedirme, ya no llegábamos por las amenazantes condiciones. Y así todo el trayecto, nos detuvimos muchas horas, pero mi hijo me tenía otra sorpresa. Precavido él, había atinado a comprar pasajes aéreos para el retorno y felizmente caducaban en 8 días. Algo de alegría me causó saber ello, pero la preocupación por poder llegar a Trujillo permanecía. Teníamos que esperar que los ríos retomen sus cauces y no dañen más la carretera.

Por fin estábamos pasando Casma, pero por las pistas corría el agua. Y los buses que venían en sentido contrario traían noticias fatales, nosotros escuchábamos las conversaciones entre conductores de los buses: “compadre, ya no avances, la carretera se cortó y no hay pase, el río Santa destruyó el puente Virú, ahora es imposible pasar por ahí”. Ahora casi no podíamos avanzar ni para el norte ni para el sur. Más preocupación hubo cuando el conductor ingresó a la cabina de pasajeros y a todos nos dijo: “si pueden bajar, háganlo ahora y busquen algo de comer y tomar, ya que no podemos avanzar, vamos a retroceder todo lo que se pueda y tratar de llegar hasta Casma, pues ya pregunté y es el lugar más seguro”. Y entonces en ese momento empezó la búsqueda de alimentos y también nuestro retorno a Casma. Ahora a pensar hasta cuándo será porque los puentes no se restauran pronto y volví a agradecer encontrarme acompañada. Las noticias empezaban a ser aterradoras: toda la carretera norte imposible, puentes arrasados, la ciudad de Trujillo es un río, el agua corre por sus avenidas principales. Cuando llegamos a Casma, el bus se estacionó y el conductor dijo que busquemos alojamiento porque no se sabe cuánto tiempo habría que esperar allí. En Casma la mayoría de gente estaba allí desde la noche anterior, con lluvia y frío porque los hoteles y hospedajes estaban repletos, no había donde cobijarse, nosotros buscamos donde descansar porque con lo que se escuchaba en el norte el río Santa destruyó ilusiones de seguir y ni cómo regresar a Lima. La ciudad completa de Huarney inundada, su iglesia a merced de las aguas, el río Huarney corría por toda la ciudad, impedía el pase

de los pobladores que usaban botes para salir a buscar refugio. Todo era agua y lodo, más aún porque estaba cerca de un puquial, lo que hizo que varios pueblos cercanos se inundaran también. Ya deambulando por Casma sin encontrar refugio para guarecernos veo pasar a mi hermana con sus hijos, ellos también tuvieron el inicial propósito nuestro: iban a despedir al tío Samuel, pero como escucharon que era posible que llegaran helicópteros para regresar gente a Lima, ellos salieron un rato del hotel que habían conseguido para averiguar cuán cierta era dicha versión. Para mí fue una suerte y un alivio verlos, pues por lo menos Arnaldo y yo ahora teníamos donde estar mientras mi hermana conservara el hotel. Lo de los helicópteros fue solo un rumor. Y las horas se hacían más largas, la comida encareció porque como siempre, hay gente inescrupulosa que se aprovecha de las desgracias. Estábamos algo cómodos en el hotel, pero los días seguían transcurriendo. Casma no fue tan golpeada con huaycos, pero sí llovió mucho. Por la interrupción del paso de los camiones, los alimentos empezaron a escasear. Al igual que el dinero que teníamos, pues los bancos y cajeros ya no funcionaban ni proporcionaban efectivo. Se asomaba otra penuria; la gente empezó a abandonar los hoteles por falta de dinero. Esa gente la pasaba peor que nosotros y los buses estacionados, gracias a los conductores, les servían de refugio ante el calor abrasador. La gente no tenían dónde asearse ni hacer sus necesidades. El alcalde del lugar empezó a poner cisternas cerca a los parques, la gente se aglomeraba y los encargados los mojaban completos con las inmensas mangueras, era penoso y gracioso a la vez porque el agua aliviaba el intenso calor,

pero la fuerza con que golpeaba hacia trastabillar a la gente. También se comenzó a apoyar con almuerzos, hicimos colas inmensas y recibíamos boletos para por lo menos una comida gratis. Para los que no tenían dónde dormir también les brindaron locales comunales, sin comodidades, pero al menos algo podían descansar. Los dueños de las chacras que cultivaban mangos y plátanos traían dichos frutos en tractores o volquetes y los ponían en el césped para que la gente los tomara gratuitamente. Así que eso servía de desayuno y cena. Pasaron seis largos días y las noticias no eran buenas. Hasta que de repente informaron que algunos bancos ya estaban habilitados para entregar algo de dinero a sus clientes. Mi hijo pudo retirar un pequeño monto. También empezó a circular la versión de que era posible salir por el mar en lancha hasta a una playa llamada Tortugas, pero luego había que caminar dos horas para llegar hasta un puente colgante recién habilitado con guías que podían llevarte hasta Chimbote. Arnaldo me contaba todo eso y yo solo escuchaba diciéndome: “¿podré lograrlo?”. Pero como también estaba mi hermana allí escuchando, tomé valor y le dije a ella, “vamos todos juntos, hermana”. Ya andábamos un poco más contentas así que sacamos nuestras cosas y a caminar, nos alegró mucho ver la playa, a gente esperando, pero al ver los botes y saber que cada uno transportaba 20 pasajeros y sin chalecos salvavidas Arnaldo vuelve a hacernos la pregunta: “¿Se arriesgan para llegar al puente colgante?”.

Nos decidimos. Ya estando frente al bote, ¡uy, los nervios! Algunos se desanimaban porque no había

estabilidad, de repente las olas nos bañaban, muchos logramos subir, pero no todos conseguimos los chalecos, eso lo hacía trágico y emocionante a la vez. Estuvimos rodeados de agua por unos 40 minutos, con miedo y emoción subidos en el bote, pero, ¿llegaremos al destino? Eran preguntas que yo me hacía. Hasta que llegamos, pero de allí teníamos que caminar las dos largas horas que nos llevarían al recién implementado puente colgante. Unos decían que eran únicamente sogas, pero yo seguía caminando. Desde luego que ya no pensaba en la despedida al tío Samuel, mi suprema meta ahora solo era cruzar el puente y así tener más cerca la real posibilidad de volver a Lima.

A pesar de los muchos pensamientos que me invadían, yo lograba concentrarme en seguir caminando. En el trayecto encontramos triciclos que nos dejaron lo más cerca al puente, ahora había que esperar turno para cruzarlo. Cuando me llegó, lo crucé entre gritos de alegría y de nervios, pero siempre escoltada por mi guardián. Ahora sí a Chimbote, luego a Trujillo, donde tuvimos que separarnos de mi hermana, y es que ella no tenía pasajes de retorno, por lo que tenía que quedarse a buscar, pero por lo menos allí teníamos un familiar donde hospedarse y esperar con tranquilidad su retorno hacia Lima. La dejamos y fuimos rumbo a nuestro hotel, pues antes de llegar Arnaldo ya había conseguido un hotel por vía telefónica. Nos dimos un duchazo al llegar y salimos a buscar comida, para luego descansar un rato porque nos quedaban horas para el retorno.

Al salir del hotel nos cruzamos con otros huéspedes que estaban asustados porque otro huaico había pasado por la puerta del hotel, pero felizmente, como aún no anocheaba, lograron desviarlo rápidamente. Allí me dice Arnaldo: “luego de comer, recogemos las cosas del hotel y en el primer taxi que se cruce nos vamos al aeropuerto, allí descansaremos y estaremos más seguros”. Y mientras comíamos y estábamos algo más tranquilos, mi hijo reitero sus temores ante lo infortunado que hubiera resultado si yo hubiese venido sola: “no llegaste a Pacasmayo ni te despediste del tío Samuel. Dime, ¿qué te hubieras hecho sola, varada y sin dinero? Y nosotros preocupados sin saber cómo estabas. Felizmente te seguí y también compré los pasajes aéreos para el retorno”.

En el aeropuerto hubo mucha gente que no conseguía pasajes, tenían días durmiendo en el piso y sin aseo. Ciertamente había agua en cantidad, pero no se le podría dar uso porque era agua muy sucia, era agua de los huaicos.

Yo me sentía un poco más tranquila sabiendo que teníamos los boletos aéreos y habiendo dejado segura a mi hermana y a mis sobrinos. Pero de repente las alarmas se activaron, a todos los que estábamos en el aeropuerto nos hicieron subir a la azotea por el peligro de que anunciaban un nuevo huaico que justo venía por Huanchaco en dirección del aeropuerto. No se podía creer tanta calma junta y otra vez cara y corazón de tristeza. Milagrosamente, pasó el peligro y el embate de las aguas fue mínimo, estas perdían fuerza y mientras avanzaban.

Por fin, el reloj marcaba las 11:30 de la noche cuando se oyó el llamado a los pasajeros que tenían como destino a Lima. Corriendo a buscar la puerta de embarque, allí di gracias a Dios nuevamente porque a pesar de querer viajar sola mi hijo me acompañó y estuvo conmigo en los momentos difíciles, y allá, con él a mi lado, el resto de mi familia sabía que yo estaba bien.

Al aterrizar el avión, y luego de abandonarlo, emocionante fue ver a mis otros hijos que habían ido a recibirnos. Todos nos fundimos en un interminable abrazo y se escuchó la voz de uno de ellos que agradecían de que todo haya salido finalmente bien para nosotros, “sí, pero yo no pude despedir a mi tío Samuel”, dije. Y entonces todos se empezaron a reír. De esto ya pasaron 2 años y 4 meses.